guisados, que estaba por creer que algun cocinero francés les habia preparado. Durante la comida, así como en el tiempo que permanecí debajo de este techo hospitalario, fuimos siempre el objeto de las atenciones y agasajos los mas señalados.

Debia recibir por la tarde un grande número de habitantes, que en efecto vinieron á visitarme.

Estas buenas gentes, sentadas al suelo á mi alrededor, fumaban al estilo de los árabes; hablaban, me dirigian la palabra con cierta libertad, bien que de otra parte con miramiento y respeto, gritando mucho, como si levantando la voz me hicieran mas comprensible su lenguaje; á su ruido se unia el de los criados que iban, venian, se paraban, llamados sea por la curiosidad ó por el deseo de hacerme algun servicio. Reclinado yo sobre un almohadon de raso carmesí que se me obligó á aceptar, no bastaba á responder á mil preguntas que se me hacian de todas partes; y la extrema condescendencia de Lafond que se tomó la pena de ser mi intérprete, se cansaba de satisfacer á tanto pedido. Todo esto se pasaba en la sala del divan que pocas horas antes nos habia servido de comedor. Por fin, fatigado de hablar, de escuchar y mucho mas por el olor de las pipas, y sobre todo del humo que era tan espeso que no dejaba ver las personas que estaban á mi alrededor, por mas que me hiciera violencia el contristarles, levanté la sesion.

Al dia siguiente muy de mañana fuí á la iglesia que es muy espaciosa, bastante bien adornada y conservada con mucho aseo. Empleé algunos instantes en dar gracias á Dios por las bendiciones que derramaba sobre mi viage, y en pedir la continuacion para lo que me restaba. Desde allí pasé á algunas capillas en número de ocho ó diez, lo que me admiró al considerar que el pueblo no era muy numeroso. Supe despues que los religiosos de los monasterios vecinos, van todos los dias á celebrar el santo sacrificio de la misa, y que por razon de la salubridad del aire, aquellos padres cuya salud está debilitada ó por la edad, ó por las austeridades y los trabajos, permanecen un cierto tiempo en algunas celdillas contiguas á estos santuarios.

Despues de haber comido, fuí á visitar un manantial que se llama la fuente de San Sergio, cuyo nombre toma del convento que le está inmediato. Tiene mucha nombradía por la extraordinaria frescura de sus aguas. Mucho se me habia hablado de ellas; pero me parecia tan exagerado, que no podia creerlo: el éxito me probó que era verdadero. No teniendo á mano un vaso, y para que no se me objetase que el agua no resultaba tan fria por haberla tomado con la mano, me incliné para beberla; pero apenas apliqué mis labios, cuando con sorpresa se me helaron, y confieso que jamas habia visto una fuente semejante.

Boutros volvió de Trípoli el dia siguiente, y quedó gustosamente sorprendido al encontrarnos en su casa. Su comportamiento hácia nosotros no hizo mas que aumentar la idea que habiamos formado de su cortesanía, bondad y de todas sus virtudes hospitalarias y patriarcales.

Este excelente chaique tiene seis hijos: dos varones y cuatro hembras. Ni á estas ni á su madre las habia visto, por permanecer constantemente encerradas en el interior de la casa, y cubrirse con gran cuidado con un velo cuando van á la iglesia. Sin embargo, me hizo el honor de presentarme á ellas en calidad de religioso, dándome por intérprete á un anciano de la montaña que sabia un poco el francés. Recibiérorme estas señoras con mucho respeto. Al entrar me saludaron profundamente y me besaron la mano. Su vestido era uniforme, de una tela de casimir azul bordado de plata. Apenas habia tomado asiento sobre el divan, cuando la mayor de las hijas echó sobre mi cabeza un velo, por debajo del cual hacia pasar un braserillo de perfumes que despedia un humo muy agradable, y acabó por echarme agua de rosa con tal profusion, que sofocado por el calor y teniendo la cabeza cubierta, me dió una especie de vértigo. Imagínese, si se puede, lo embarazado que me hallaria para conciliar la urbanidad con los esfuerzos que tenia que hacer para sustraerme á una ceremonia tan original. Todo fué inútil: fué preciso sufrirlo.

Despues de esta aspersion se me sirvieron sobre una pequeña mesa dulces y café. Mi hábito llamaba la curiosidad de estas señoras; pero sobre todo miraban con mucho interés mi rosario de huesos de aceituna del huerto Getsemaní. Descubrieron el Crucifijo que acostumbro traer conmigo, y cuando supieron que habia tenido contacto con todos los Santos Lugares, le tomaron, imprimieron en él sus labios con todos los sentimientos de su piedad, haciéndome muchas preguntas, á todas las que contesté. La conversacion giró casi siempre sobre la infinita bondad de Jesucristo, su amor por nosotros, sus padecimientos, &c. Escuchaban con religioso recogimiento los detalles de mi prolongada permanencia en Jerusalen y mis correrías por sus alrededores....

En general los habitantes de Eden rivalizan con su distinguido chaique, en cuanto lo permite su posicion, en deferencia y generosidad hácia los extrangeros. Cuando salimos se disputaban entre ellos quién nos daria mas señales de atencion y de respeto y quién nos haria mayores ofrecimientos. Los niños se ponian delante de nosotros presentándonos frutos y flores. Hasta las lavanderas al descubrirnos manifestaban deseos de servirnos, pidiéndonos por señas las mas expresivas, si teniamos ropa ó vestidos para lavárnoslos.

En el invierno la nieve cubre la poblacion durante muchos meses; el frio es muy riguroso; pocos son los que quedan allí, porque la mayor parte de las familias se trasladan á las llanuras de Trípoli ó á otros parages poco elevados donde permanecen hasta al buen tiempo.

§ V.

Los cedros.

El dia 21 de Setiembre salí de Eden al rayar el alba. Tanto el chaique como su familia se habian levantado para darme el último adios. Sumamente agradecido á esta atencion que colmaba todas las anteriores, puse mi mano sobre el corazon como exprimiéndoles por este signo mi vivo reconocimiento; en seguida levanté mi brazo hácia al cielo para decirles que algun dia nos veriamos en él, y al alejarme pedia al Señor que recompensase á esta recomendable y generosa familia, derramando sobre ella los consuelos de la piedad y virtud.

Emprendimos el camino que conduce á los cedros del Líbano, á estos cedros tan celebrados por la Sagrada Escritura á los cuales se unen tan grandes recuerdos. La mañana era bella, una innumerable multitud de pájaros gorgeaba debajo la sombra de los árboles que les cubrian con sus ramas; la yerba de las praderas convertia en perlas el rocío; estábamos todavía en la rica y hermosa vegetacion de Eden. Al cabo de media hora todo desapareció, encontrándonos entre senderos áridos, pedregosos y dificiles.

Descubrimos en el fondo de un valle á dos leguas de Eden el pueblo de Beschiérai. Como sus alrededores no están mal cultivados, aliviaron un momento

nuestros ojos cansados ya de no ver mas que rocas descarnadas y guijarros. Habiendo adelantado un poco descubrimos una montaña de una horrorosa esterilidad cubierta en parte de nieve. Levántase en medio del terreno una considerable espesura de verde, que se hace tanto mas notable cuanto contrasta con todo lo que la rodea. Tan pronto se ve como desaparece, segun los recodos de los caminos que se han de seguir. En fin, llegamos bastante cerca para reconocer un pequeño bosque y distinguir en él árboles de un grueso prodigioso: eran los cedros. Queriendo ser el primero en llegar apresuré mi paso. Iba á penetrar, cuando veo de improviso cuatro caballos ricamente enjaezados que pacian, y cerca de ellos un jóven árabe elegantemente vestido. Este jóven corrió precipitadamente á ponérseme delante como para impedirme el paso, dirigiéndome palabras que no pude comprender mas que por la violencia de sus movimientos y el fuego que chispeaba en sus ojos. Me paré y aguardé para averiguar con mas precision por medio de mi intérprete lo que queria y cuál fuese la causa de su cólera. Al mismo tiempo veo á una jóven que con un niño en sus brazos iba corriendo hácia los caballos. Traia por adorno un enorme cuerno segun la costumbre de las señoras del Líbano y un gran velo. Mientras la miraba desapareció el árabe. Volví á verle pocos minutos despues que se alejaba á toda prisa en compañía de dos criados armados. Al mismo sitio en que le habia dejado, encontré un altar de piedra, y sobre de él un brasero encendido quemando incienso ó una especie de goma que dan los mismos cedros. Mi hábito, unido á la aceleracion con que yo venia, espantaron á la jóven y á sus compañeros. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacian? ¿Eran drusos? ¿Este fuego sobre el altar habia servido á alguna ceremonia supersticiosa ó pagana? Lo ignoro.

La permanencia de algunas semanas en la Palestina y Siria, es mas que bastante para conocer el grado de certeza que merecen las relaciones de ciertos viageros, al tratarse de hechos ó detalles mas ó menos anexos á la religion, y cuyo verídico relato tórnase en gloria de la misma. Pero para saber el punto á que llega este encono, hasta en las cosas mas mínimas, en las que no pueden tener ni tienen sino una relacion muy indirecta con el cristianismo que detestan, es preciso ver estos *cedros* y se conocerá allí el empeño que tienen de engañar al lector y de abusar de su credulidad. Veamos lo que dice otro de ellos decidido á amontonar engaños, cuando su orgulloso interés ó la rabia le arrastran á faltar á la sinceridad.

"Estos cedros de tanta nombradía, dice, son parecidos á otras muchas mara-
" villas. *De cerca sostienen mal su reputacion. Cuatro ó cinco* árboles gran-
" des, *únicos* que quedan, y que nada tienen de *particular*, no *valen la pena* de
" atravesar los precipicios que deben superarse para ir á verlos."

Al leer unas expresiones tan decisivas, ¿no debiamos persuadirnos de que el que las escribió se habia tomado el trabajo de atravesar los precipicios del camino, que por sí mismo habia visto los árboles, y que no tenia la desfachatez de mentir?

Pero en primer lugar lo que podria *apoyar* algun tanto *la reputacion* de los cedros de que se trata, y que el escritor osa desmentir, es que *esta reputacion* descansa sobre miles de años; que los hombres mas célebres los han visitado de siglo en siglo, dando por bien empleada la fatiga y trabajos; y que á pesar de cuanto la impiedad ha forjado contra ellos en nuestros desgraciados dias, algunas personas ilustres en el mundo religioso y literario no han temido *superar los precipicios del camino*, y publicando despues sus observaciones, han excitado á mas de un cristiano y de un mero curioso á seguir las huellas que habian estampado.

Si es verdad que el autor se hubiera *tomado la molestia de superar los precipicios del camino* que conduce á los *cedros;* si es verdad que les ha reconocido de *cerca*, entonces es preciso que la manía filosófica le haya enteramente deslumbrado. Yo por mí mismo he contado por lo menos trece ó catorce, en vez de los *cuatro ó cinco* que él señala, y tan grandes no solamente como los mayores que haya visto en mis largos viages, sino tambien mucho mas, de modo que se encuentran algunos con la circunferencia de seis á siete toesas. Los hay que á cierta elevacion se dividen en cinco ó seis ramas principales, que saliendo del mismo tronco, forman otros tantos árboles nuevos, ingeridos, por decirlo así, en el mismo tronco, cuya circunferencia es tal, que dos hombres no podrian abarcarla. Su punta, en proporcion á la enormidad del grueso, se eleva magestuosamente hácia el cielo, formando una grandiosa cúpula verde, debajo de la cual el cristiano tiene el placer de encontrar altares levantados al Dios que adora, y el *filósofo* por lo menos, un delicioso fresco y sombra para descansar de la *pena* que se hubiere tomado.

Aunque estos cedros no tuviesen mas de *particular* que esta prodigiosa magnitud, en comprobacion de su antiquísima existencia, que segun confirman las tradiciones, se remonta al tiempo del Salvador, ó tal vez mas allá, era suficiente para llamar la atencion mas profana, sobre todo si es cierto, como no hay duda, que en ninguna otra parte ni montaña del globo ningun viagero los ha visto iguales; y observada por el verdadero sábio esta maravilla de la naturaleza, ¿podrá razonablemente lamentar la *pena* que se ha tomado, cuando el amor á la ciencia le impulsa á recorrer el mundo, á superar peligros, á trepar rocas escarpadas y las mas inaccesibles, con la sola y única esperanza de descubrir. . . .qué? ¿Una planta nueva, desconocida, sin *reputacion*, una yerba de dudosa utilidad, ó tal vez inútil?

Pero es muy de recelar que en la historia de los cedros del Líbano se halle algo de *particular*, y que obligado el miserable filósofo á hablar de ella, se haya limitado á decir á la ventura y como de paso, *que los que quedan nada tienen de particular*. El cedro del Líbano es un árbol del cual hace frecuente mencion la Sagrada Escritura. Su duracion, elevacion, incorruptibilidad y fecundidad con que se multiplica en la montaña, sirven frecuentemente de comparativos á las cualidades y virtudes del hombre justo. El cedro se llama el árbol de Dios, *Cedrus Dei*. De la madera del cedro se formó el templo de Salomon y el palacio de este príncipe; y la corpulencia de los *que quedan* da á entender, cómo y por qué se empleaba con preferencia esta madera, ya para formar por sí sola una parte de los sagrados edificios, ya para colocarla al centro de las paredes llenando todo su espesor, y á veces su extension. Hasta la misma idolatría tenia en grande aprecio estos cedros, creyendo que valian la *pena de superar los precipicios para verles*, empleándoles en los templos de sus falsas divinidades. Refiere Plinio que el techo del templo de Diana en Efeso era de esta madera. Con ella hacian los antiguos sus estatuas, muchas veces colosales. Si Volney [1] no se hubiera acordado mas que de estas dos últimas *particularidades*, á buen seguro que no hubiese manifestado tanto desden y desprecio por los cedros del Líbano. En efecto, al ver el gusto con que se detiene á describir con minuciosidad las cosas de menor importancia, sin sentir la *pena* que se ha tomado de visi-

1 El impío Volney, despues de haber pasado por todas las fases de la revolucion, á la que no contribuyeron poco sus malignos escritos, murió el 25 de Abril de 1820, en la edad de 63 años. Parece que en los últimos momentos se denegó á recibir los consolantes socorros de la religion, y acabó, segun dicen sus partidarios, como verdadero filósofo. *(Extrac. del Diccion. de Faillet.)*

tarlas, siempre que no da con algun objeto que despierte su furor contra la religion; sin temer calumniarle puede asegurarse, que si su camino hubiese sido hácia el Epiro, no dejaria de visitar el bosque de Dodona, en el que hallará *cuatro ó cinco* encinas muy inferiores á la *reputacion* que se las da.

Séase de esto lo que se fuere, la verdad es, como dije anteriormente, que en vez de los cuatro ó cinco cedros, yo he visto con mis propios ojos hasta el número de trece ó catorce, cuyo grueso excede al de cuantos se han descubierto en otras partes. Los viageros ingleses, holandeses y franceses que los visitaron en los siglos anteriores, los hallaron en mayor número;[1] pero adviértase que no son los únicos, pues cerca de ellos crecen otros tres ó cuatrocientos de diferente edad y menor magnitud, unos agrupados á un poco de distancia, y otros irregularmente plantados al rededor de los que les dominan. En general los mas jóvenes se elevan mucho, aunque en forma piramidal. Sus hojas, siempre verdes, son comparadas con razon á las del enebro; sus piñas se parecen á las del pino.... Este fruto se desprende con dificultad. Sus granos destilan una especie de goma de un olor fuerte, pero agradable.

Los maronitas todos los años en el dia de la Trasfiguracion vienen á celebrar una fiesta sobre la montaña, llamada por ellos la *fiesta de los cedros*. El patriarca, acompañado de muchos obispos, religiosos y de una multitud considerable de fieles, sube al monte, y se ofrece allí el santo sacrificio sobre altares de piedra erigidos al pié de los árboles mas grandes. Algunos han tomado esta ceremonia religiosa por pretexto para afirmar que los maronitas no creen que la Trasfiguracion se haya verificado en el monte Tabor; pero es un error refutado por el oficio de los mismos, el cual dice expresamente lo contrario.

Con objeto de conservar los cedros mas antiguos, y de prevenir los accidentes que pudieran influir en su pérdida, ha creido el patriarca que debia fulminar excomunion al que se atreviese á cortar la mas mínima rama, sin preceder formal permiso. Por desgracia el temor de incurrir en esta censura no ha sido siempre bastante poderoso para prevenir las contravenciones, de modo que á mi ver una especial proteccion de la Providencia es la única que despues de tantos siglos ha hecho que se conservarán estos árboles....

Sobre unas cuatro horas permanecimos en los cedros, donde por largo tiempo me paseé solo por entre la religiosa oscuridad de que me rodeaban. Seguia en mi memoria los recuerdos de su antigua gloria; luego, meditando sobre la larga duracion de su vida, que saludablemente me hacia conocer la brevedad de la del hombre, mi alma se consolaba de la rapidez con que se pasan nuestros dias, al reflexionar sobre los años eternos que la aguardan en otro mundo mejor, de los que no es sombra la dilatada vida de los árboles que admiraba. No me separé de ellos sin volver veinte veces la cabeza, sin mirarles otras tantas, y sin descubrir involuntariamente por medio de suspiros las profundas impresiones que habian grabado en mi alma. (3)

Pusímonos en marcha, aunque tarde, con la esperanza de hallar por el camino alguna poblacion donde pudiéramos pasar la noche. Desde luego tuvimos que subir una montaña escarpada.... El aire á cada instante era mas frio y penetrante. Cuando llegamos á la cumbre para bajar al lado opuesto, debimos apearnos, y tomar nuestros caballos por las riendas, pues apenas podian mantenerse en pié. Algunas horas despues de puesto el sol, llegamos á una fuente, donde acordamos pasar la noche, por mas expuestos que estuviéramos á los asaltos de las bestias montaraces guarecidas en las peñas y bosques de aquellas inmediaciones.... Habia oido decir á nuestro cónsul en Beyruth, que viajando algunos años atras por aquella parte con una escolta de veinte hombres, habia encontrado diez ó doce tigres, y que habiéndoseles mandado no hacer fuego sobre ellos, les habian dejado pasar, como si en efecto no les vieran: así es que encargué la prudencia á cuantos venian conmigo, encendiendo sin embargo una hoguera por mera precaucion.

1 Viages de Maundrel, Thevenot, Bruyn, &c.

Por mas que mi cama consistiera en una cubierta extendida sobre las piedras, dormí apaciblemente. Al despuntar la aurora, atravesábamos ya la llanura que dirige á Balbeck. A las siete, en que el calor comenzaba ya á hacerse sentir y á incomodarnos, entramos en una pradera rodeada de piedras en la que habiamos descubierto dos chozas formadas de enrejados de palos. Pacia á su alrededor mucho ganado, que guardaban unos pastores maronitas. Nos encaminamos hácia estas pobres gentes para pedirles leche. Correspondieron á nuestra demanda, ofreciéndonos mucho mas de lo que deseábamos: diéronnos nata, queso fresco, panes cocidos entre la ceniza, los que comimos con mucho gusto.

Conocieron por mi trage que era religioso. Despues de haberme servido con toda especie de miramientos, se acercaron con mucha humildad á besarme la mano, y en seguida á grandes gritos convocaron á su familia diseminada por la pradería. Los niños guardaban el ganado á unos cien pasos. Todos vinieron corriendo. Arrodillados á mis plantas me instaron y conjuraron á que les bendijera. ¡Ah! ¡cuánto hubiera deseado en este momento poder corresponder mas plenamente á los deseos de su viva fé, con la autoridad que comunica el sagrado carácter del sacerdocio! ¿Debia yo vacilar en satisfacerlos porque no me cabia la dicha de ser sacerdote? No lo creí: y así, levantando sobre ellos mis manos, les bendije rogando al cielo con toda la efusion de mi alma se dignase oir los votos que por ellos le dirigia.

Disponíame para la marcha, cuando ví á una muger anciana que á paso lento venia hácia mí, llevando con dificultad un grande vaso lleno de agua. Esta era la abuela de la colonia. Creí que su objeto era el de presentarme este vaso para lavarme las manos, y en este concepto iba á meterlas en él, cuando se me advirtió la equivocacion. La pobre abuela me traia el agua para que se la bendijera. Excitado por la misma razon que me hizo resolver anteriormente, y para no contristarla, condescendí á sus deseos; y entonces dióme á conocer su reconocimiento con la candorosa alegría que asomó en su semblante.

Vino por fin el momento de subir á caballo. Entonces se disputaban quién habia de ayudarme, quién tocaria mis hábitos, y quién con sus movimientos y gestos, haria mas expresivo el sentimiento que tenian por vernos partir tan pronto. Estábamos ya á bastante distancia, cuando habiéndome vuelto, les ví en el umbral de la choza siguiéndome con los ojos, saludándome con las manos, como enviándome su último adios.

Difícil me hubiera sido el hacerme ilusion sobre la causa de estas extraordinarias muestras de respeto. Era sobrado evidente para que pudiera aplicármelas. Simple viagero, ni era, ni podia ser para estos generosos pastores, mas que un extrangero, digno por lo mas de los cuidados hospitalarios que habian prodigado á mis compañeros de viage. ¿Cuál será, pues, la causa de estos testimonios particulares de veneracion que todos á porfia me manifestaron? Mi hábito religioso, este sayal blanco, este escapulario, este Crucifijo, les instruyó que yo estaba consagrado al servicio del Dios que ellos adoran; y así como en la toga del magistrado, en la espada del guerrero, honra el vasallo fiel al soberano que uno y otro sirven, estos buenos pastores, cristianos de espíritu y de corazon, aprovechaban la coyuntura que yo les proporcionaba de honrar á Jesucristo rin-